

RECENSIONES

Simplemente, desigualdad

Francesc Jesús Hernández i Dobon⁷²

Anna Brake y Peter Büchner: *Bildung und soziale Ungleichheit. Ein Einführung* (W. Kohlhammer: Stuttgart, 2012, 263 pp.)

En el panorama bibliográfico alemán se han presentado recientemente algunas novedades que, con una cierta contundencia, ponen en entredicho el dogma de San Delors, aquel de que la educación contenía un tesoro, que con tanto alborozo enraizó en los argumentarios políticos y en los diarios oficiales. Engatusados con un juego de trileros con la “sociedad del conocimiento”, el “capital humano” y la “empleabilidad” (caballero, señora, ¿dónde está la bolita de la competencia?), hemos relajado la capacidad de analizar quién estaba realmente amasando tesoros y cómo lo hacía. Y eso, aunque la portada del periódico de hoy, sin ir más lejos, con las fotos de los señores Adelson y Bañuelos, ofrezca algunas pistas. Sin que ningún jurista cuestione su objetividad, la “empleabilidad”, definida en términos de formación, aparece más de 250 veces en el BOE de 2011, frente a la evidencia empírica de que una persona, a pesar de su nivel de estudios, tiene una probabilidad muy diferente de obtener un contrato laboral según el lugar donde resida. Cualquier emigrante es la refutación de la teoría del capital humano o la empleabilidad, y hay millones.

⁷² Universitat de València francesc.j.hernandez@uv.es

Por ahí parece apuntar el libro de I. Pasuchin, profesor de la Universität Mozarteum de Salzburgo, sobre la bancarrota de la sociedad del conocimiento (*Bankrott der Bildungsgesellschaft. Pädagogik in politökonomischen Kontexten*, editado por Springer VS, 2012, 388 pp.), aunque está redactado desde una perspectiva pedagógica. Sin hablar de quiebra o bancarrota, el asunto había ocupado ya un libro editado el año pasado por Gudrun Quenzel, de la Universidad de Bielefeld, y Klaus Hurrelmann, de la Universidad de Berlín, ambos curiosamente procedentes de la sociología de la salud, titulado *Perdedores de la formación. Nuevas desigualdades (Bildungsverlierer: Neue Ungleichheiten*. VS Verlag für Sozialwissenschaften, 589 pp.). El libro se estructura en seis partes: la primera sobre conceptos (en la que Quenzel propone la noción “tareas de desarrollo” para la explicación de los fracasos educativos), la segunda sobre metodología, la tercera y la cuarta sobre grupos de población con desventajas formativas y su acumulación en determinados cursos formativos, la quinta sobre las causas económicas y la última sobre las posibles intervenciones frente a la “miseria formativa”. En esa misma línea, encontramos el reciente libro de Anna Brake y Peter Büchner: *Educación y desigualdad social*.

Bildung und soziale Ungleichheit. Ein Einführung (Educación [o formación] y desigualdad social. Una introducción, ed. W. Kohlhammer: Stuttgart, 2012, 263 pp.) es parte de un proyecto editorial muy ambicioso: una colección de libros dirigida por cinco profesores de pedagogía (Helsper, Kade, Lüders, Radtke y Thole), que constituye una enciclopedia con las líneas fundamentales de la pedagogía o las ciencias de la educación. El libro de Anna Brake, catedrática de sociología en Augsburgo, y Peter Büchner, profesor de ciencias de la educación en Marburgo, es el volumen 35 de la serie y adopta, tal vez por ello, un estilo entre lo introductorio y lo enciclopédico.

El primer capítulo del libro sirve de introducción, y viene a plantear las grandes cuestiones que se suscitan en cualquier reflexión educativa, del tipo, ¿es la educación un privilegio o un estigma? En el segundo capítulo, no menos introductorio, se hace un repaso histórico a la educación alemana y se concluye con el consabido lamento, tan repetido por aquí también, sobre los resultados en las pruebas diagnósticas internacionales.

Los capítulos tercero y cuarto resultan más interesantes porque los autores realizan clarificaciones conceptuales y repasan modelos de comprensión de las desigualdades. Algunos son bien conocidos por aquí, como la teoría de los capitales de Pierre Bourdieu, pero otros creo que más bien nos son desconocidos, como el modelo de los medios (o entornos) formativos de Michael Vester (pp. 61-65). Vester, emérito en la Universidad de Hannover, es un autor crítico con la supuesta expansión formativa. Aporta un modelo que se expresa en una tabla de doble entrada. En el eje de las abscisas ubica un “eje de diferenciación”, que va de lo vanguardista a lo autoritario; en el eje de las ordenadas organiza cuatro tipos de “habitus”, a saber, el de la “necesidad”, el de la “aspiración”, el del “arribismo” y el de la “distinción” (que es como se podría traducir, más o menos, las expresiones *Habitus der Notwendigkeit*, *Habitus der Strebenden*, *Habitus der Arrivierten* y *Habitus der Distinktion*). Se forman así diversos “entornos” en el espacio social, que el autor cuantifica, y que producen diversas “canalizaciones” en los sujetos.

A pesar del interés de los materiales reunidos en los capítulos tercero y cuarto, los autores no se embarcan en la elaboración de un único modelo global, que integre todo lo que han presentado. Creo que éste no sólo es el gran déficit del libro, sino también de nuestra situación actual. No disponemos de un único modelo, aceptado por la comunidad científica, que explique la relación entre la educación y la desigualdad. No tenemos una teoría estándar, que concite un

consenso amplio, y unas teorías discrepantes, que puedan ser mantenidas por grupos determinados, como sucede en otras disciplinas, sino más bien disponemos de un repertorio de teorías que ofrecen diversas aportaciones, pero que no acaban de integrarse. Por ello, como sucede también en el libro comentado, los conceptos que usamos en la explicación no los operativizamos en la investigación, ya que ésta sigue pegada a los datos administrativos disponibles. Definimos “habitus de la élite”, por ejemplo, pero seguimos contando puntuaciones de PISA en matemáticas. Con ello, no sólo nos alejamos de los procedimientos científicos habituales, sino que también se produce una, si se permite la expresión, descarga normativa. Mientras que la explicación teórica se afana en la fundamentación de principios normativos (la “misericordia” de Bourdieu, el “reconocimiento” de Honneth, etc.) con los que poder hablar de “desigualdad” (una condición que atenta contra la dignidad humana) y no sólo de “diferencia” (una situación en la que los individuos tienen distintos recursos), la investigación empírica acumula datos, más ahora con la multiplicación de las pruebas diagnósticas, sin que podamos aducir relaciones que, como diría Horkheimer, dejen evidencia lo que hay. Se podría decir que en esto, seguimos, por citar a Comte, en el estadio teológico o metafísico.

De esta manera, en el libro de Brake y Büchner los tres capítulos siguientes no parecen tener relación con los modelos descritos. El capítulo quinto trata de la relación entre formación y procedencia social. Dejando de lado el eufemismo usado para evitar “clase social”, aparece aquí otro problema científico, que, como en el caso anterior, no es exclusivo de los autores, sino más bien compartido por buena parte de los estudios de la disciplina. Mientras que la formación se define cada vez más en términos de aprendizaje a lo largo de la vida (de ello trata el libro en las pp. 226 y ss.), las investigaciones sobre la relación entre la educación y la clase social se circunscriben a la formación reglada. Idéntica crítica se puede aplicar al capítulo sexto, que se refiere a la relación de la formación con los procesos migratorios. Los autores aportan la interesante noción de “estaciones de desventaja formativa”, que permitiría análisis transversales, pero, como he dicho, se circunscriben a los datos administrativos, sin tener en cuenta las teorizaciones de los capítulos tercero y cuarto. Lo mismo sucede en el capítulo séptimo, sobre desigualdades de género, muy clásico. El componente “pedagógico” del libro emerge potentemente en el último capítulo, en el que los autores proponen reformas que permitan, por ejemplo, una mayor colaboración de la escuela con las entidades formativas extraescolares. Buenas intenciones.

La educación no está al margen de la desigualdad y tal vez no pueda resolverla. Además, encierra perdedores y nuevas desigualdades. Nuestro asunto es conceptualizar científicamente la desigualdad social. Precisamos un modelo o la bancarrota de “nuestra” sociedad del conocimiento, aquella especie de “comunidad de los santos” que tanto provecho nos depararía, acabará también con nuestro oficio.